

XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2022.

La violencia en sus relaciones con la realidad.

Buttini, Matías, Minaudo, Julia y Rostagnotto, Alejandro.

Cita:

Buttini, Matías, Minaudo, Julia y Rostagnotto, Alejandro (2022). *La violencia en sus relaciones con la realidad. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/394>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/CkZ>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA VIOLENCIA EN SUS RELACIONES CON LA REALIDAD

Buttini, Matías; Minaudo, Julia; Rostagnotto, Alejandro

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina. - Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo tiene por objetivo problematizar la noción de violencia y sus relaciones con la realidad a través de una revisión crítica de algunos postulados. Partiendo desde el inicio de la vida, el ser hablante se encuentra a merced del Otro para sobrevivir y para constituirse como sujeto. Esta dependencia primera, instaura ya una vía que no escapa a la violencia. El discurso sexual, los diferentes contratos sociales y las prácticas corporales tan diversas, suelen legitimizar la violencia invisibilizando al sujeto que queda así abolido. Nuestro mundo, cada vez más segregativo -como señalaba Lacan- enfrenta al quehacer del analista con toda una gama de violencias de distinta índole. ¿Qué significa que algo sea violento, a qué responde? Y ¿cómo responde un analista antes las diferentes manifestaciones de violencia? ¿Cómo trata el psicoanálisis esas violencias que aquejan al sujeto, quien suele quedar entramado o atrapado en el llamado entorno? Proponemos un recorrido por las relaciones que habitan ese espacio entre violencia y realidad tal como nos lo enseña la escucha y la presencia del analista en los distintos ámbitos de su práctica. Nociones tan actuales como trauma, urgencia, abuso sexual, incesto y violencia de género, ponen al psicoanalista frente a la ardua tarea de reinventar el psicoanálisis.

Palabras clave

Violencia - Cuerpo - Nuevo real - Incesto

ABSTRACT

VIOLENCE IN ITS RELATIONSHIP WITH REALITY

The aim of this paper is to interrogate the notion of violence and its relationship with reality through a critical review of some postulates. Starting from the beginning of life, the speaking being is at the mercy of the Other in order to survive and to constitute himself as a subject. This first dependence already establishes a path that does not escape violence. The sexual discourse, the various social contracts and the very diverse bodily practices often legitimize violence by rendering the subject invisible and thus abolished. What does it mean for something to be violent, what does it respond to? And how does an analyst respond to the different manifestations of violence? How does psychoanalysis deal with these violences that afflict the subject, who is usually trapped or trapped in the so-called environment? We propose a journey through the relationships that inhabit this space between violence and reality as taught by the analyst's listening and presence in the different spheres of his or her practice. Current notions such as trauma, urgency, sexual

abuse, incest and gender violence, confront the psychoanalyst with the arduous task of reinventing psychoanalysis.

Keywords

Violence - Body - New - Real incest

“No hay barbarie que no se inaugure con una negación del pasado”
Jorge Jinkis

Para dejar huella del tema de investigación presente, proveniente de un trabajo conjunto, nos hemos propuesto considerar algunos ejes, como pequeños eslabones de una cadena más amplia que hemos elaborado para abordar el tema en otro espacio[1]. Los enumeramos y describimos así:

1. La constitución del sujeto, su realidad y la interpretación en relación con el Otro (efecto traumático)
2. La violencia y su relación con el goce, los cuerpos y la interpretación (efecto de cuerpo)
3. Éros y tánatos, erotismo y muerte en la sexualidad (efecto de mezcla y desmezcla pulsional)
4. El dolor, las respuestas del sujeto, lo insituable

1. La constitución del sujeto, su realidad y la interpretación en relación con el Otro (efecto traumático)

Es sabido que la violencia deja poco margen a la interpretación/operación analítica, y es importante que estemos advertidos para pensar la dirección de la cura sobre todo en las entrevistas preliminares en el desarrollo del tratamiento (MINAUDO y BUTTINI: 2020).

Llamamos sujetos “rotos”, diferentes a los sujetos divididos en el sentido clásico, a esas personas que han sido víctimas de violencias diversas, más allá del trauma psíquico que la introducción del lenguaje y del cuerpo del Otro implica siempre para el ser hablante en su origen. Es por esta razón que apostamos a un “contrapsicoanálisis” (LACAN: 14/12/1976) en los inicios de estos tratamientos, donde el analista pueda soportar alojar subjetividades *arrasadas* por actos violentos que configuran un nuevo real, repetitivo y sin tratar. Ligar primero y analizar después podría dar nombre a la vía que hemos investigado y aunque no difiere de cualquier consulta preeliminar, se hace más que evidente un tiempo previo para poder situar algo de las coordenadas de un proceso posible. Y así poder instituir las condiciones del análisis del sujeto en emergencia a la emergencia del sujeto.

Como lo sostuvo Freud a lo largo de su obra, la sexualidad es traumática por estructura.

Muchas veces se desliza rápidamente en los colegas que la teoría freudiana de la fantasía viene a reemplazar al “hecho traumático”, dejando de lado la diferencia crucial entre un hecho acontecido y uno que pertenece al mundo de la fantasía. Lo traumático fantaseado o realizado no pierde su estatuto en la estructura. A su vez, las violencias incestuosas son además creadoras de un real inédito, nuevo y mortífero, que rompe con la posibilidad de la pérdida necesaria para que se constituya un origen genealógico de lo familiar.

¿Cómo sorprender algo “cuya incidencia original fue marcada como traumatismo” (LACAN: 2012: 373)? Nos preguntamos con Lacan.

La cuestión del rechazo aparece en primera instancia. Tal como lo señala Colette Soler, hay diferentes niveles de ese rechazo, del repudio y la negación del Inconsciente que van desde el rechazo cultural a la negación de cada sujeto a los poderes del Inconsciente y sus efectos (SOLER; 2004). Esos diversos niveles, implican también la estructura de la violencia contenida en cualquier interpretación, lo que incluye a la interpretación analítica. Hecho, éste, ya precisado mucho tiempo atrás (AULAGNIER; 1975). Toda interpretación es un forzamiento de un sentido en un sitio donde no hay lugar, es decir que toda interpretación apunta a crear un lugar donde ser recibida. Soler retoma esta tesis para poner de manifiesto que la violencia está presente en el corazón de la operación misma del análisis ya que, cuando alguien consulta hay en la respuesta brindada “un axioma *a priori* de este sufrimiento: cualquiera que sea, es interpretable” (SOLER: 2004: 210). Esto no quita la pregunta por las condiciones del tratamiento y, como veremos, las formas en que un sujeto puede dar su consentimiento.

Hay algo que “disimula de entrada esta violencia (...) La transferencia disimula y permite soportar esto” (SOLER: 2004: 211). Es por esta vía del lazo social analítico que se puede apostar a la emergencia de un sujeto que en lugar de presentarse como dividido, presenta en su habitual silencio sepulcral sus intentos por sobrevivir a las violencias más extremas, tanto físicas como psíquicas.

Lo que se niega, o más aún lo que se forcluye se replica de manera violenta. Entonces estamos en condiciones de afirmar que silenciar la violencia es replicarla, reproducirla sin cuestionarla. El acto violento no es palabra sino que está afuera de la articulación significativa, de lo simbólico. Ello marca un impasse del semblante y por lo tanto del lazo social. La violación, el abuso infantil, la violencia contra el cuerpo de una mujer se inscriben en este atolladero que se ubicamos en los límites del discurso en tanto tratamiento social de los goces.

Hablamos del Edipo como estructurante, y no para enfocarnos aquí en la salida que conduce a una posición con respecto del objeto sexual, sino en su función esencial y estructurante de producción de la exogamia. Poco se dice del incesto y sus cau-

sas, poco del complejo de Edipo como aparato de elaboración de la endogamia familiar.

¿Cómo no tomar el tema teórico y clínicamente desde el psicoanálisis? ¿Acaso no somos nosotros los encargados -éticamente hablando- de poner de relieve la existencia del goce de las pulsiones destructivas, las tendencias sadicas y las masoquistas? ¿Acaso no tenemos los psicoanalistas la función de intentar algún “despertar”?

2. La violencia y su relación con el goce, los cuerpos y la interpretación

Podemos señalar ahora dos enunciados sobre la que hacer girar la argumentación. Primero: toda intromisión de un cuerpo en otro implica la violencia; segundo: la violencia aparece cuando se fuerza un lugar.

Como problema agregado, es que debemos deducir de estos postulados cómo es que surge lo erótico, el erotismo de los cuerpos, relacionado con el deseo y con la estructura de la fantasía como mediadora del sujeto con lo real. Podemos tomar el modo que nos enseña Lacan cuando dice: no pensemos que las psicosis son una rareza y la neurosis la normalidad, sino que conviene al psicoanalista interrogar desde una pregunta. ¿Cómo es que no somos todos hablados por el lenguaje, tal como nos enseña la psicosis? ¿Cómo es que no somos todos psicóticos? Mencionamos acá a la psicosis porque se trata allí siempre de una violencia ejercida que se adjudica directamente al Otro en el delirio paranoico o al cuerpo como Otro fragmentado en la esquizofrenia, al Otro como “sombra del objeto que recae sobre el yo” (FREUD; 1914) en la melancolía. Las neurosis tienen, por su lado, relatos más novelescos, cubiertos de ciertos velos ya que responden a la represión, esto es, al rechazo de un elemento en conflicto con el yo y cuentan con un retorno sustitutivo y deformado.

Para abordar este punto, podemos tomar a nuestro colega Leonardo Leibson cuando señala que donde hay un cuerpo no puede haber otro (2020). Dirá respecto del cuerpo en el sentido de la física:

Ese cuerpo, sin embargo, proporciona la idea del Uno. Es lo que ocupa, tal como reza la definición canónica de cuerpo, un lugar en el espacio. Un lugar. Ni medio, ni dos, ni muchos. Uno y tan solo uno. O sea, donde hay un cuerpo no puede haber otro (LEIBSON: 2020: 18)

Y agregará a continuación que cuando “el cuerpo se presenta lo hace ensamblado” (IBID). Esto esconde, vela, oculta en una ilusión imaginaria de unidad el cuerpo fragmentado. El cuerpo tal como lo pensamos en el psicoanálisis es un ensamble de partes, de piezas al modo en que ya lo ilustraba el famoso monstruo de Frankenstein (SHELLEY; 1818). Máquina imperfecta (LEIBSON: 2018) cuyas partes se mantienen juntas mientras sea uno. El cuerpo se cuenta de a uno, aunque no es Uno en el sentido de

la unidad sino más bien ilusión de unidad, “fragmentación olvidada” gracias a los tratamientos que el sujeto da al problema de tener un cuerpo: lo reduce a una imagen, a una consistencia que anude a los tres registros.

En este sentido podemos pensar que el cuerpo puede violentarse a sí mismo cuando esa unidad, aunque siempre de carácter ilusorio, imaginario/simbólico, hecha de imagen y de significantes, se conmueve.

La violencia, enmascarada, velada, emerge cuando la fragmentación aparece. Esto implica la estructura de lo imaginario: los desdobles de la imagen en el espejo y también la ocupación (en el sentido bélico del término como ocupación de un lugar por el *cuerpo* del ejército) por más de un cuerpo. La dialéctica hegeliana del amo y el esclavo lo indica suficientemente.

Tomaremos aquí dos ejemplos literarios que dicen sobre estos puntos señalados. El primero, es “El brazo” (KAWABATA: 1964) un magistral relato que cuenta esta intromisión del cuerpo del otro en el cuerpo propio y su relación, violenta con el deseo. Resumimos su argumento: una chica ofrece un brazo a un hombre y él acepta llevárselo consigo. Así comienza:

- Puedo prestarte un brazo por esta noche -dijo la muchacha. Y desprendió desde el hombro su brazo derecho, lo tomó con la mano izquierda y me lo colocó sobre las rodillas.
- Gracias. -Me miré las rodillas. El brazo me transmitía su calor.
- Le pondré un anillo. Como una marca de que me pertenece... (KAWABATA: 1964)

El muchacho se lleva ese brazo desprendido del resto del cuerpo a su casa y comienza a sentir esa incomodidad casi de forma inmediata, primero entusiasmado, erotizado por ese acto de extraña entrega de parte de su partenaire, luego se desarrolla la angustia que llega a horrorizarlo. Esa parte de otro cuerpo encaja de un modo atractivo para el personaje en el sitio donde su brazo estaba. Pero la preocupación estalla cuando el observa *su* propio brazo sin pulso, frío tirado en el suelo, des-ensamblado del cuerpo:

Preso del pánico, sacudí la mano y no pude sentir las sacudidas. Había una interrupción, un hiato, entre el brazo y el hombro (...) Mi propio brazo había caído junto a mí. Separado, era un objeto repelente. Pero más importante, ¿se habría detenido el pulso? El brazo de la muchacha estaba caliente y palpitaba; el mío parecía frío y rígido. Con el brazo de la mujer, tomé mi propio brazo derecho. Lo tomé, pero no sentí nada (IBID: 29 y 30)

El segundo ejemplo, es una novela de César Aira titulada “El naufrago” (AIRA: 2011) donde, aludiendo a la historia de Robinson Crusoe, una persona sola en una isla encuentra un rastro en la arena que parece humano. Comienza a perseguir esa huella, se entusiasma, también se desespera y está muy ilusionado, es decir que va “cubriendo” lo real con su propia realidad y ello

acarrea cierta violencia de la emoción, con un manto de esperanza humano, hecho de simbólico y de imaginario, transforma esa huella en significativa, en imágenes y significados ilusorios e inevitables. Finalmente encuentra... pero, en parte, no es lo que buscaba: encuentra partes de un cuerpo: una mano, luego una oreja, luego un ojo, un brazo, etc. Y para concluir el relato, finalmente se agrega un detalle literario de lo peor: esas partes del cuerpo no sólo no son de otro, de alguien vivo, que lo podría acompañar sino que son partes de su propio cuerpo.

La violencia del cuerpo fragmentado, despedazado y agravada por la desilusión de que no hay otro vivo con él ahí en esa isla; un paso más define que no sólo no hay dos, sino que en breve no habrá ni siquiera uno. En ambos casos, nos topamos con la violencia en forma del horror corporal, de la intromisión del cuerpo del otro en el cuerpo que llamamos propio. Esta intromisión puede tener diversas formas que incluyen la fantasía y sus realizaciones. Pero también remiten al segundo postulado, el de la violencia por forzamiento de un lugar. En ambos hay un deseo y en ambos ese deseo se torna un goce Otro primero incómodo, y luego horroroso.

Entonces, podemos decir que la violencia aparece cuando se fuerza (un cuerpo en) un lugar. Cuando alguien es forzado a dejar un lugar que no quiere dejar o a ocupar otro que tampoco quiere.

Avancemos ahora sobre algunos fragmentos del libro “Clínica de los fracasos del fantasma” (AMIGO; 2019)

3. Eros y tánatos, erotismo y muerte en la sexualidad

La pregunta que hemos planteado más arriba y que está presente en Freud en varios puntos de su obra, resulta ineludible: ¿qué hace que esa intromisión de un cuerpo en otro o de un lugar forzado pueda tener un componente erótico?

Freud descubre que un niño puede quedar fijado a lo sádico, por fuera de la acción de los famosos diques psíquicos de la vergüenza, el asco y la moral, en la medida en que esa exclusividad pulsional conduce al tánatos de lo sexual, fijado a su aspecto mortífero (FREUD: 1905). Se erotiza, sí, pero no por la vía del eros (“compasión” agrega Freud a esos diques también) sino por la vía del sadismo hacia el otro y, especialmente por la exclusividad. Ese modo de relación exclusiva y cerrada sobre el objeto.

¿A qué conduce la exclusividad aférrima? A las pasiones más fuertes e incontrolables: celos, envidia, posesión, y muchas a la violencia que éstas pasiones acarrearán. Violencia hacia uno mismo y hacia el otro, efecto típico de la endogamia. La violencia y la endogamia suelen tener una íntima relación que al psicoanálisis le toca develar. Los llamados lacanianos, fascinados con el nudo Borromeo -¡al igual que Lacan!- y su capacidad de transmisión suelen olvidar su origen, endogámico: se trata de un escudo de hermanos, de la familia donde “romper con uno significaba romper con todos” (AMIGO: 2019: 146). Esa amenaza se hace presente en los casos de endogamia con su costado de pulsión mortífera, ideal de pureza y de lo que no se debe mezclar para

no ser contagiado: o con nosotros o nuestro enemigo. El tratamiento segregativo que se le da al extranjero en lo endogámico, al que se toma como enemigo, refuerza el desconociendo por las características propias del deseo. Esa articulación entre fijeza y movimiento, entre adentro y afuera, ese movimiento necesario para la vida como condición necesaria para poder desplegar todo su potencial sin quedar encerrado en un puro goce sin cauce (BUTTTINI, MARTÍNEZ, ROSTAGNOTTO: 2022).

Silvia Amigo propone una tesis fuerte que podemos calificar de freudiana: La desmezcla pulsional implica el Tánatos; pues la transmisión del Otro al cachorro humano implica la “intrincación pulsional” (AMIGO: 2019: 130). Cuando se trata de cierta exclusividad de una pulsión -“la comida es la comida”, dice la autora, hay tánatos y no eros. La erótica, podemos agregar aquí es ese estado que requiere de la inconstancia, de lo intrincado, de lo que se puede mezclar con lo Otro y especialmente de la presencia ausencia del otro y sus relaciones con el velo. No hay erótica que se sostenga por tiempo indefinido, ni en forma constante, así como tampoco sin ningún velo. Dice:

La pulsión erótica [donde un niño es introducido por la madre, en su lugar de Otro que lo alimenta, pero también lo mira, los sostiene, le habla, que apuesta a que allí advenga un sujeto] se diferencia de la tanática en el punto en que la pulsión erótica está intrincada con otras pulsiones; mientras que un plano de Tánatos pulsional es una pulsión aislada (AMIGO: 2019: 130)

Sin duda esto nos puede permitir abrir la reflexión sobre la violencia que pretendemos llevar adelante en este trabajo.

4. El dolor, las respuestas del sujeto, lo insituable

Desde muy temprano en su enseñanza Lacan se interesó en la intersubjetividad y en la subjetividad misma. Así como Freud llegó a comparar al psicoanálisis con el pensamiento griego, esto en varios sentidos, afirma que las pulsiones son nuestros mitos, podemos agregar que estas comparten el mismo temperamento autónomo y autárquico, fuera de toda ley dado que no aplica a los dioses hacedores del destino de la humanidad. Estas pulsiones, siempre en pugna con la cultura no se domestican, pero se sexualizan lo cual es su aspecto vital siendo su vertiente mortífera el retorno sobre el cuerpo.

La exigencia de satisfacción que la pulsión impone no cesa, su demanda divide la subjetividad. Entre la pulsión y el objeto al cual se dirige para contornearlo es necesario que, además del circuito libidinal ya marcado desde la satisfacción primaria que dio inicio a la búsqueda de los signos de satisfacción, además es necesario la construcción de un argumento, de un libreto o narrativa individual, que hace las veces de una ficción reguladora. Esta idea de ficción utilizada en el derecho internacional reza que cuando las leyes, es decir la normativa internacional, no es suficiente para resolver un conflicto se apela a una ficción, es decir a una invención extraída o inferida de las normas existentes pero que las exceda en la medida que no está ahí

consignada. De esta manera decimos que la construcción de la fantasía es justamente una ficción entre la exigencia de satisfacción pulsional y toda versión del objeto para cada quien, con lo cual aportamos una metáfora más a la idea lacaniana de fantasma. La construcción de este fantasma tiene una función reguladora, que en la clínica con niños resulta de una importancia vital en la medida que pacifica la dramática subjetiva. Decimos con esto que la clínica con niños incluye la construcción de este argumento o narrativa que, en un futuro posible, si el devenir incluye al estado subjetivo del analizante, ese fantasma será deconstruido para revisitar y reorganizar o reencausar el goce pulsión que hasta allí permaneció bajo este efecto. La hipótesis entonces es que la fantasía tiene una función de velo como enseña Lacan, aunque también equiparable por analogía a la membrana protectora anti estímulo de Freud, membrana que cumple una función hemostática o de equilibrio entre el interior y el exterior, por un lado, conserva la coherencia vital interna y por otro protege del exterior, ambas cosas al servicio de regular los intercambios del interior con el exterior.

Melanie Klein señalaba que lo vivenciado interiormente como amenazante o malo era expulsado al exterior. Lacan señala en el seminario *La Ética del Psicoanálisis* (1959-60) que el exterior mismo se constituye a partir de la expulsión de ese interior amenazante, mal, y es allí donde habitan los semejantes, *das Fremde* diría Freud o Kant, el extranjero tal como señalábamos en el apartado anterior.

Otros son los efectos de la violencia en la medida que esta intrusión deliberada rompe la barrera antiestímulo, desmantela el sistema defensivo, deja al sujeto sin capacidad de respuesta, lo cual es en este sentido el trauma que ocasiona la violencia. Trauma como equivalente a la imposibilidad de invención de respuestas frente a lo angustiante. Es así que justamente los casos de violencia nos muestran el papel o función defensiva de la fantasía, de mito individual, del síntoma y aun del deseo mismo como defensa ante la pulsión cuando esta se vive traumáticamente, mortíferamente en tanto sus andamiajes, sus circuitos y su ficcionalización ha sido vapuleada.

Como sabemos Freud afirmaba que no está en el plan de la naturaleza que el hombre sea feliz, propuso que el aparato anímico se rige por un principio mucho más modesto, aunque más potente que lo llamó principio del placer. Este principio que buscaba reducir los montos de afectos o las cantidades de energía psíquica no tramitadas tenía por objetivo tanto evitar el dolor y el displacer como asimismo la búsqueda del placer. De esta manera la felicidad se podría aplicar en este segundo sentido Freud en “El Malestar en la Cultura”.

el propósito de que el hombre sea «dichoso» no está contenido en el plan de la «Creación». Lo que en sentido estricto se llama «felicidad» corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico (FREUD, 1930:76)

No nos extrañe pues, que, bajo la presión de tales posibilidades de sufrimiento, el hombre suele rebajar sus pretensiones de felicidad... en el más modesto principio de realidad, y no nos asombre que el ser humano ya se estime feliz por el mero hecho de haber escapado a la desgracia de haber sobrevivido al sufrimiento, que en general, a la felicidad de evitar el dolor relegue a segundo plano la de lograr la felicidad. (FREUD: 1920: 24).

La felicidad se presenta así, como un objetivo imposible. En este sentido Freud se dedica las técnicas de evitación del dolor afirmando que el más efectivo método de suprimir el dolor, para producir tal evitación es el químico: la intoxicación o bien poderosas distracciones. Freud hablaba de la quitapenas de los químicos como poderosos subterfugios para cancelar el dolor. Incluso hasta podríamos afirmar que se trata de un medio para restituir la homeostasis subjetivamente tan ampliamente desarrollada por Freud ya desde “El Proyecto de Psicología para Neurólogos” (FREUD: 1895).

Hay un tipo de dolor que consiste en una experiencia subjetiva distinta. En el caso de las adicciones podría tratarse eventualmente de una exigencia de satisfacción impuesto por la pulsión, que su aplazamiento es vivido como insoportable. Hay otro tipo de dolor que eventualmente es el resultado de haber pasado por situaciones de extrema violencia. Quizás podríamos llamarlo dolor insituahable, en la medida que el muro del lenguaje se ha desmoronado, derrumbado. No se trata de una vivencia de placer, ni de displacer sino de la dificultad sino imposibilidad de representar ese dolor. Obviamente esta experiencia de dolor está muy lejos de la ganancia de placer. Cabe indicar que todo aquello que favorezca el uso de la palabra y la articulación del lenguaje puede ir produciendo una atenuación del dolor, nos referimos a que en situaciones extremas de violencia lo acontecido no es posible ni siquiera de sitarlo como malo como displacentero o supuestamente placentero. Es justamente la ausencia de respuestas del sujeto incluida la capacidad de afirmar o negar algún calificativo al goce. Es menester en estos casos que el analista aporte su presencia más que su interpretación, habilitar la palabra, dar lugar a adjudicaciones de sentido, a la narrativa, a la reconstrucción de las defensas, a la ficcionalización.

Pero restituir el uso y el derecho a la palabra no es una tarea fácil por lo cual también cabe indicar que es necesario poder situar los mandatos al silencio que pueden tener dos orígenes bastante bien ubicables. Los que vienen de lo social condicionando las personas a no hablar de ciertas vivencias de dolor, de sufrimiento, de violencia y por otro lado el propio mandato superyoico que vía la culpa inconsciente también favorece al silencio. El primero está al servicio de mantener incuestionado al otro, su privilegios y prerrogativas aun en su flagrante violencia de hecho, la segunda opción al servicio del masoquismo, una versión que no conviene alimentar.

El hecho de hacer pasar por la palabra puede dar la posibilidad de sacar a la persona que sufre violencia de su impotencia, de su parálisis ante el goce del Otro, y asimismo reposicionar al

violentado en términos de conflicto. Esta idea de conflicto es la más desarrollado por Freud respecto al síntoma, implica situar un punto de división subjetiva en donde la capacidad o bien la potencia electiva de cada sujeto puede manifestarse.

Desde un inicio Freud explicó el dolor como un exceso de carga libidinal no ligada que atacando los bordes de esa vesícula de sustancia excitable que Freud imagina para ilustrar el aparato psíquico primitivo, es este exceso el que produce el traumatismo. El trauma implica siempre una destrucción de las barreras defensivas por estímulos masivos que provienen del exterior. Los estímulos internos como es el caso de la pulsión también resultan exteriores a la organización de la vesícula defensiva o mejor dicho del aparato anímico. En este sentido es tan traumático la irrupción de un exterior desorganizado cómo resulta traumática la exigencia incesante de satisfacción que la pulsión impone al aparato anímico infiriéndose. En este sentido que siempre trauma es exterior. Dice Freud que puede ocurrir que un estímulo exterior sea interiorizado, por ejemplo, si ataca o destruye un órgano; lo cual engendra una nueva fuente de situación continuada y de incremento de tensión, dicho estímulo, como puede ser el caso de la violencia, cobra así una notable semejanza con una pulsión. Según sabemos, indica Freud, sentimos este estímulo intrusivo como dolor (FREUD: 1915).

Vemos, así como es otra la situación del deseo en sus diversas versiones incluido el deseo neurótico, psicótico o perverso, requiere de la metonimia, de los rodeos, del desfiladero del significante, cosa que en el violentado no se constata. Esto es así en la medida que incluso el displacer tiene como condición la energía ligada del principio de placer. Tanto el placer como el displacer no son sensaciones determinadas por la naturaleza, sino efectos del discurso que circula en la cadena significante. El dolor en cambio surge como un real ante la imposibilidad de ligar la energía pulsional a alguna representación ya sea placentera o displacentera. En este sentido lo que es placentero para el ello pulsional es displacentero para el sujeto su falta y su metonimia de falta en ser.

Insistimos en este punto de ausencia de respuesta, de desmantelamiento de sistema defensivo. El aparato anímico para Freud tiene como principal objetivo un trabajo constante para ligar la energía libre de la pulsión y establecer cierta homeostasis. Las pulsiones son esencialmente traumáticas por lo que deben convertir su energía libre en energía relativamente ligada necesitan una transformación necesitan un cauce una transformación. La tendencia pulsional pretende satisfacción directa y rechaza la ligadura y es el punto estructural en que el goce encuentra así una limitación. El aparato psíquico no soporta una satisfacción por fuera de los límites del principio del placer - displacer salvo como trauma. La cercanía del goce en la dinámica de la tendencia pulsional, lejos de experimentarse como placer es por lo contrario traumática y fuente de dolor. Ante el dolor por excitación continua de la pulsión que amenaza la vigencia del principio del placer es necesario recurrir a las defensas que sirven

como refuerzos de los bordes del aparato anímico y que impidan una ruptura traumática

El dolor es la expresión más directa de lo que se experimenta como ruptura traumática de las defensas y más específicamente como una invasión de lo real del goce. Este goce/dolor resulta una amenaza para el principio del placer que intenta imponer su satisfacción, por un lado, pero también su conservación a través de la homeostasis.

La violencia traumática que viene del exterior es equiparable en este sentido por lo traumático mismo de la pulsión sobre todo cuando ésta no encuentra otros cauces de goce asequibles.

Tal vez debemos aprender del psicoanálisis con el niño que una de las maneras más importantes de poner un límite al goce insituable como un goce Otro intrusivo amenazante que perturba que desequilibra es la construcción del fantasma. La fantasía cobra así un valor positivo que pone un velo a la obscenidad y a la ferocidad superyoica, indicamos de paso que el superyó es el representante del ello pulsional. En este sentido poder recuperar la fantasía, o la actividad fantasmática, es una manera de reconstituir al sujeto muchas veces pulverizado en sus defensas como efecto de la virulencia del exterior y de su pulsión. Con esto estamos indicando como hipótesis de trabajo que es necesario introducir alguna mediación fantasmática frente al trauma del dolor. Este punto nos parece importante en la medida que los sistemas defensivos del aparato anímico han sido devastados y pretendemos En este sentido que el analista se abstenga de pedir asociaciones y pueda acompañar y promover una narración una ficción algún argumento alguna idea, aunque no fuese mínimamente las de quejarse por la injusticia vivida.

Como analistas sabemos que es imposible hacer pasar el goce por el fantasma, no nos referimos a esto, simplemente introducimos una hipótesis que nos ayude a trabajar de una manera quizás no tan clásica con personas que han sufrido violencia.

Por otro lado, no dejaremos de indicar que esta imposibilidad de hacer pasar la excitación pulsional o el trauma por la fantasía siempre deja un resto el cual es irreductible por estructura. El objeto siempre estará fuera de la ligadura y obligar al sujeto a que vuelva a poner cada vez en juegos su aparato defensivo. En ocasiones también contratamos en la clínica que no siempre se trata de un goce ligado a una representación sino más bien el poder destructivo del goce del otro. Dicho de otra manera, el sometimiento masoquista del sujeto a repetir una y otra vez sin ligar lo traumático que lo habita.

Finalmente, señalaremos que la fantasía como intento de velar lo real siempre fracasa, por lo cual la invasión de la pulsión, la invasión del recuerdo traumático, también estarán presentes detrás de la señal de angustia. Aspecto clínico este de relevancia en la recomposición del sistema defensivo, sostengo aquí el cuerpo ya no queda ubicado como objeto de goce del otro sino como un instrumento capaz de indicar señales de la presencia de lo real en la subjetividad e instaurar nuevas respuestas del sujeto.

Proponemos entonces la necesidad de situar la experiencia clí-

nica en estos casos como una clínica provocadora de *respuestas del sujeto* en el lugar del aplanamiento subjetivo vivido por defecto de la defensa.

No se trata de recuperar o asistir víctimas (eso es una categoría social, o jurídica) sino de producir al sujeto abolido, aplanado, desbastado. La pobreza de recursos defensivos no permite enfrenar el empuje doloroso de la pulsión. De lo insituable del dolor al *in situ* hable. Apuesta ética que se opone, que es el reverso, de aquellas posiciones violentas que hacen cargar el peso del dolor al partenaire, que transforma su deseo en una voluntad fija de proyectar e infringir dicho dolor sobre un cuerpo infantil o feminizado. Tampoco el burócrata psi, o el técnico de psicología está exento de esta aberración si su posición no agrega algo más que una nueva perversión.

Palabras de cierre

Podemos concluir este trabajo breve con una cita del escritor vietnamita-norteamericano Ocean Vuong, quien luego de contar todas las peripecias de su historia violenta, marcada por la guerra, los maltrato y el rechazo a su condición de extranjero, dice:

“Que nadie nos confunda con el fruto de la violencia, violencia que, pese a haber pasado a través del fruto, no ha conseguido pudrirlo” (VOUNG: 2019: 246)

Esta pequeña cita da cuenta de un modo literariamente muy preciso la distancia que es posible tomar con una posición anterior: de haber sido objeto de una violencia que usualmente logra pudrir un fruto pero que aquí no llega. En ese espacio entre el fruto (el objeto) y la podredumbre (operación del Otro violento) habita un sujeto, una cuestión, una pregunta siempre en potencia y que puede adquirir el valor de interrogar la solución que se haya tomado. -

NOTA

[1] Seminario desarrollado por los autores en el marco de las Formaciones Clínicas del Campo Lacaniano de la EPFCL; Colegio Clínico del Río de la Plata (Foro Analítico del Río de la Plata) en la primer parte del presente año bajo el mismo título.

BIBLIOGRAFÍA

- Aira, C. (2011) “El naufrago”. Beatriz Viterbo ed., Bs. As.
- Buttini, M., Martínez, F., Rostagnotto, A. (2022) “Los cauces del goce”. Escabel. Bs. As.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975) “La violencia de la interpretación”. Amorrortu, Bs. As., 1977.
- Freud, S. (1895) Proyecto de psicología, en *Obras Completas*, Tomo I, pp.211-322. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905) “Tres ensayos de teoría sexual”. En *Obras completas*, Amorrortu Editores, Tomo 7, duodécima reimpresión, Bs. As., 2003.
- Freud, S. (1914) “Duelo y melancolía” en *Obras completas*, Amorrortu; Bs. As.

- Freud, S. (1915) Pulsiones y destinos de pulsión, en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp. 105-135. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915) La represión, en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp. 135-152. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1920) "Más allá del principio de placer", en *Obras Completas*, Vol. XVIII, pp. 1-62. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930) El malestar en la cultura, en *Obras Completas*, Vol. XXI, pp. 57-140. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Jinkis, J. (2011) "Violencias de la memoria". Edhasa, Bs. As.
- Kawabata, Y. (1964) "El brazo y otros relatos". Emecé lingua franca, Bs As., 2014.
- Lacan, J. (1955-56) "Las Psicosis", en *El Seminario de Jacques Lacan*, Libro 3. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- Lacan, J. (1959-60) "La Ética del Psicoanálisis", en *El Seminario de Jacques Lacan*. Libro 7. Buenos Aires: Paidós. 2013
- Lacan, J. (1976-1977) "El seminario, libro 24: L'insu que sait de l'une-bevue s'aile 'a mourre". Inédito, versión y traducción Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Bs. As., 1988.
- Leibson, L. (2018) "La máquina imperfecta. Ensayos del cuerpo en psicoanálisis". Letra viva, Bs As.
- Leibson, L. (2020) "Los cuerpos freudianos y sus estados gozantes". Escabel, Bs. As.
- Minaudo, J. y Buttini, M. (2020) "Cuerpos abusados". XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Soler, C. (2004) "¿Que se espera del psicoanálisis y de la psicoanalista?". Letra Viva, Bs. As., 2007.